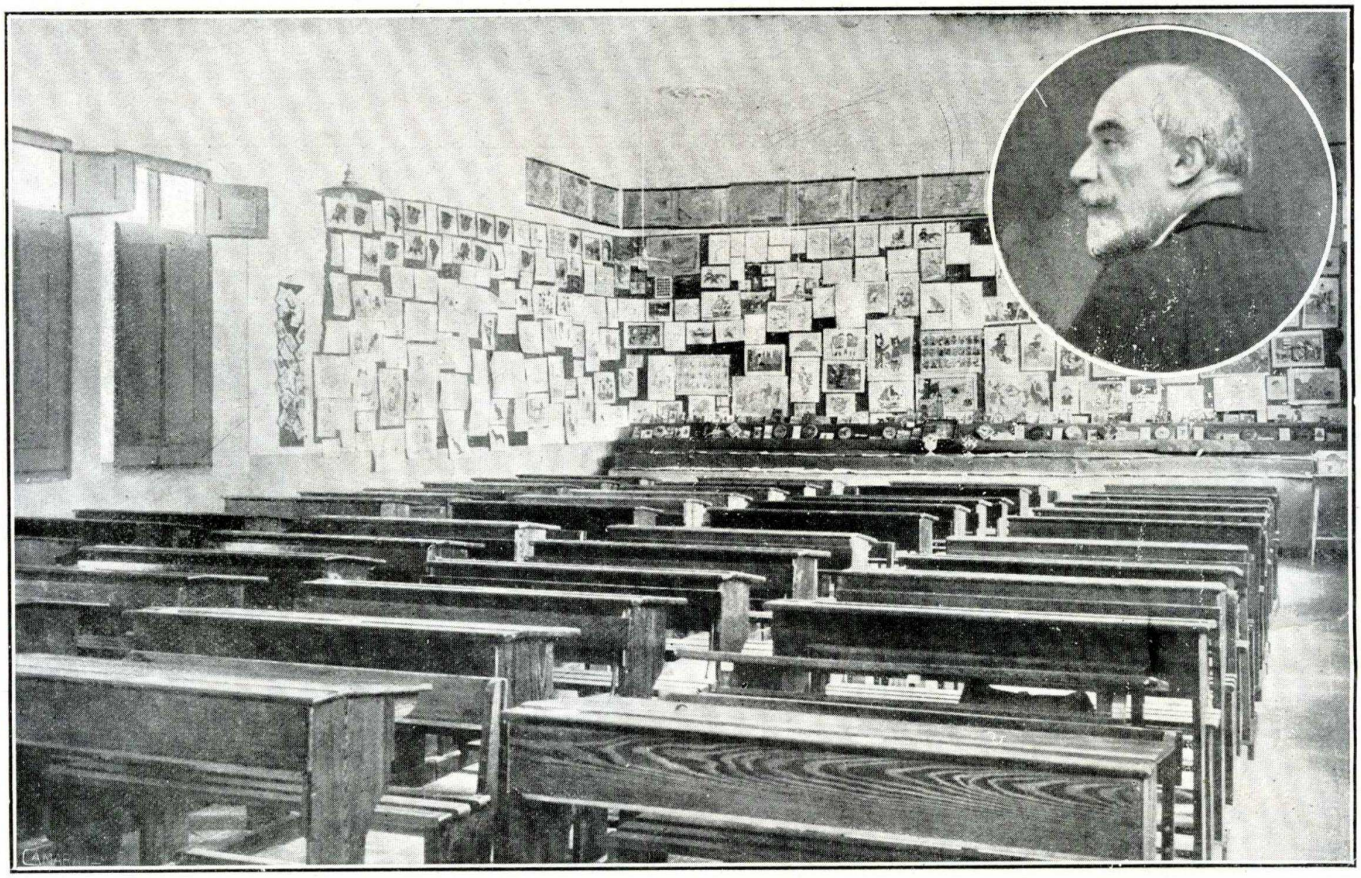
EL MEJOR PATRIOTISMO

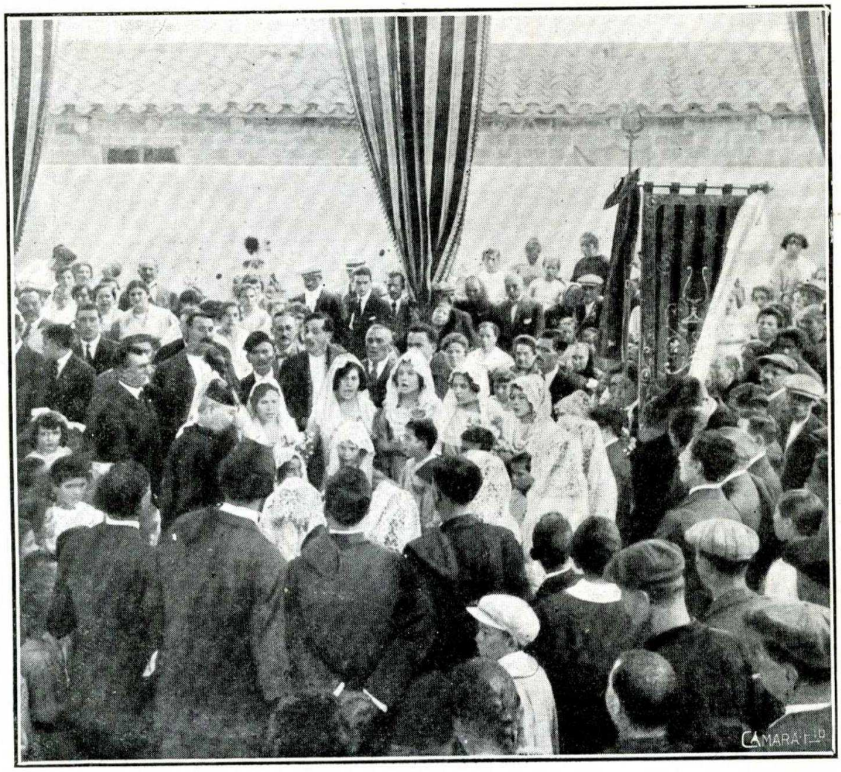
LOS FUNDADORES DE ESCUELAS



VISTA DEL INTERIOR DE LA ESCUELA NACIONAL PARA NIÑOS, INAUGURADA RECIENTEMENTE EN CALDAS DE MALAVELLA (GERONA), DONADA POR EL SEÑOR PLÁ Y DENIEL.—EN EL CÍRCULO, EL RETRATO DEL DONANTE

Si no pareciera presuntuoso, yo escribiría este artículo en forma de carta abierta; de carta íntima, escrita para leída por toda suerte de lectores. Parecería un homenaje ó parecería el sermón civil de un pedagogo, cansado y aburrido ya de esperar del Estado la transformación de su patria. Esta carta habría de dirigirse a D. Narciso Plá y Deniel, abogado de Caldas de Malavella, uno de los pueblos más bellos, más pintorescos, más interesantes de la provincia de Gerona.

¿Qué ha hecho don Narciso Plá para que su nombre pueda y deba ser enaltecido? Este ciudadano ha fundado una escuela; ha cogido una parte de su caudal, la ha entregado á un arquitecto, y le ha dicho: «Construya usted un edificio para los niños de este pueblo...» Ha hecho, pues, lo que no hace el Ministerio de Instrucción Pública, en una nación que gasta cada año cerca de tres mil millones; ha hecho lo que no hacen las Diputaciones ni los Ayuntamientos; ha hecho lo que no hacen en Madrid centenares de aristócratas, dueños de las tierras que regalaran á sus antepasados los reyes conquistadores.

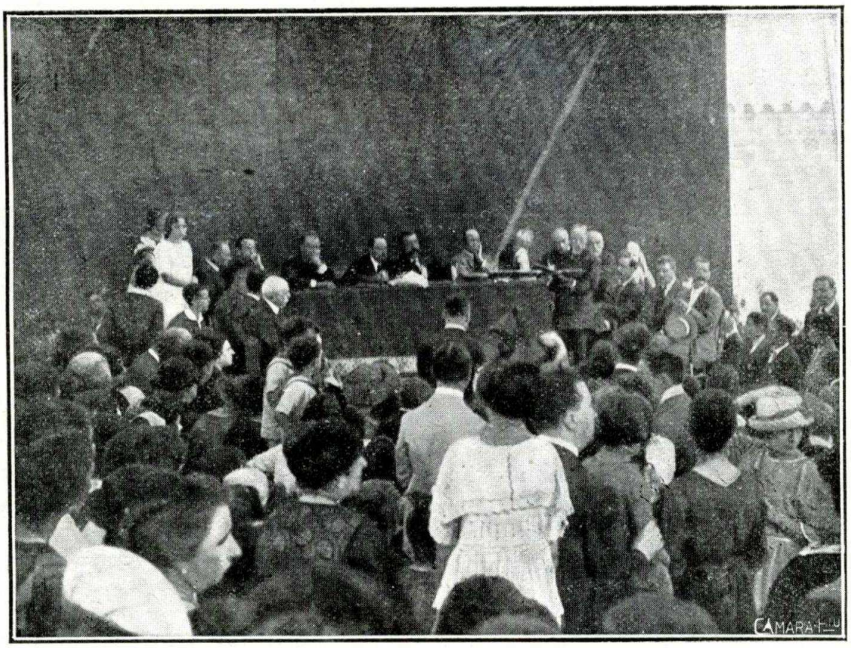


EL CORO INFANTIL «CORAL MALAVELLA», CANTANDO DURANTE LA CELEBRACIÓN DEL ACTO

Es inútil repetir un año y otro, con las estadísticas oficiales en la mano, que faltan en España millares de escuelas; que no existen ni siquiera las que ya consideraba necesarias el reaccionario D. Claudio Moyano, en 1857, siendo ministro de Fomento con el abominado Narváez. En Madrid mismo, los chiquillos que no van á las escuelas son muchedumbre y plaga en las calles; y eso, contando con que más de dos terceras partes de la población escolar asisten á las escuelas particulares de pago y á las gratuitas de las Comunidades religiosas y de las Aso-

ciaciones benéficas.

Nadie se afrenta; nadie se sonroja; nadie se siente culpado de esta abominación. Ni siquiera nadie repara en la calidad de todas estas escuelas; hay ya algunos edificios especiales, pero la mayoría están en vetustos caserones, en pisos estrechos, faltos de luz y de aire. Muchas veces pensamos que están mejor los chiquillos en las escuelas de picardías en que Madrid los educa; en la libertad de sus calles y plazuelas, porque siquiera en ellas no les acongojará una presbicia prematura, ni incubarán el contagio de la tuberculosis, ni se les deformará la columna vertebral, inclinados más de lo conveniente en el garrapateo de los palotes...



SOLEMNE ACTO DE ENTREGA, PRESIDIDO POR EL GOBERNADOR CIVIL DE GERONA

Así, para nosotros, el fundar una escuela, el alzar un edificio donde el maestro se sienta dignificado y los niños liberados del tormento del encierro en un local desagradable, es la más noble empresa que puede realizar un ciudadano.

Es más: creemos que es un deber de todo rico. No tardarán mucho los tiempos en que se tendrá el fundar una escuela por la más alta y espiritual obra de religiosidad que pueda imaginarse; más aun que alzar un templo y rendir homenajes á una imagen y enriquecerla. *Dejad a los niños que se acerquen á Mí...*—dijo Jesús—. Y antes de entregarse al sacrificio, El fué maestro, fué educador. No fué teólogo, sino pedagogo.

A la usanza de las antiguas Ordenes de caballería, nacidas de la necesidad de aquellos tiempos, crearíamos nosotros, ante la incapacidad, la desidia y aun la desorientación del Estado español, la Orden de los fundadores de escuelas y la Orden de los educadores ambulantes. Sería preciso que surgieran entre nosotros recios caracteres, creyentes en los milagros de la educación y la cultura, con la fe ardorosa de una Teresa de Jesús ó un Juan de la Cruz, que fuesen de pueblo en pueblo hostigando á los ricos y zarandeándoles los bolsillos hasta arrancarles el dinero preciso para levantar y sostener una escuela en cada calle. Enseñar al que no sabe, no es ya una obra de misericordia, como no lo son tampoco redimir cautivos ni enterrar muertos, que son ya funciones obligatorias de la diplomacia ó de los municipios. Enseñar al que no sabe, es un deber social, es una necesidad colectiva; la más urgente, la más apremiante.

Hay que perder toda esperanza en el Estado. A cada Presupuesto nuevo, advertimos cómo se aleja la posibilidad de que el Ministerio de Instrucción Pública sea el primer Ministerio de la nación, el más rico, el mejor dotado, el que disponga inmediatamente de los mil millones necesarios para crear la escuela española, que no existe, que es una pobre ficción, que es la penosa conservación de una antigualla mísera. Y al perder la esperanza en el Estado, hay que ponerla en la iniciativa particular; en esa pujante iniciativa de mineros, de agricultores, de fabricantes, de comerciantes, de ingenieros, de escritores, que, á pesar del Estado y sus leguleyos, y sus burócratas y sus políticos extenuadores, está forjando la gran España en que vivimos.

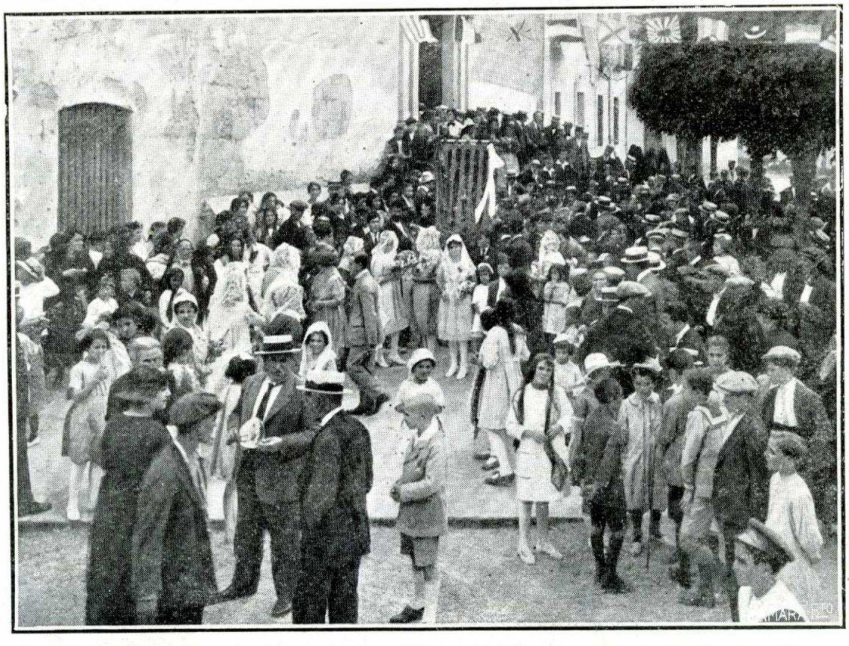
Había que ponerse con las manos extendidas en las puertas de los Bancos, donde afluye la riqueza, y gemir y clamar estas voces: «¡Aristócratas de ayer y enriquecidos de hoy: dad vuestro dinero para escuelas! Faltan escuelas de primeras letras, no ya en los campos, ni en las aldeas, ni en las villas, que son el recio sustento de la nacionalidad y de la raza, sino en las ciudades populosas; en las capitales mismas, que os parecen dignas de estar enclavadas en el mapa intelectual de Europa. Si no sentís la grandeza de vuestra dádiva, hacedla por egoismo, porque seréis más ricos cuando el pueblo español sea más culto. Y no basta con crear escuelas de primeras letras. Aunque los optimistas adormecedores os engañen, la verdad es que en España está todo por hacer. No solo faltan escuelas de primeras letras, sino que faltan escuelas de aprendices; escuelas de trabajo.»

Los niños españoles tienen la escuela por cárcel. Para ellos es la primera pesadumbre de la vida, que los entristece y acogota. La escuela alegre del jardín cultivable, del taller de «slöjd» placentero, del bosque libre; la escuela agraria en las aldeas; la escuela industrial en las urbes fabriles, ó la escuela marítima en las costas, son entelequias extrañas á la Pedagogía española y á la mísera concepción del deber pedagógico que tiene nuestro Estado... ¡Qué le hemos de hacer!

Y he aquí nuestro pensamiento. No deben quedar en rezago las nobles iniciativas de los fundadores de escuelas. Cada lector que sienta, como la mejor prenda de su patriotismo, este anhelo de cultura, debe testimoniar su gratitud—como si fuese vecino de Caldas de Malavella, como si su hijo hubiese de concurrir á esta escuela — á quien la ha fundado.

Debiera ser el ministro de Instrucción Pública el primero que enviase su tarjeta á D. Narciso Plá y Deniel, con estas sencillas palabras: «En nombre de España, muchas gracias...» Pero á falta de esa tarjeta, que no irá, que reciba el fundador de la escuela de Caldas de Malavella las de cuantos lean este artículo.

Mínimo Español



LA COMITIVA AL SALIR DE LA IGLESIA DONDE SE CELEBRARON LOS OFICIOS EN CONMEMORACIÓN DEL ACTO

Foto. Bailell